

ANGOSTO SAURA, T., RODRÍGUEZ LÓPEZ, A. y SIMÓN LORDA, D. (Eds.) (2001), *Setenta y cinco años de historia de la psiquiatría*, Ourense, Asociación Española de Neuropsiquiatría/Asociación Galega de Saúde Mental.

Cuando, a finales de la década de los ochenta, se creó la Sección de Historia de la Asociación Española de Neuropsiquiatría con el objetivo de propiciar un espacio de reflexión histórica y teórica sobre diversos aspectos del saber y del quehacer psiquiátrico, sus actividades se iniciaron con unas Jornadas —en diciembre de 1986— en Homenaje al Dr. Lafora, en el centenario de su nacimiento<sup>1</sup>. Posteriormente, en mayo del 89, se celebró otro coloquio sobre «La sexualidad y sus límites»<sup>2</sup>, de alcance más limitado aunque con la misma filosofía de partida.

Desgraciadamente, las actividades de la Sección quedaron suspendidas durante bastantes años. Los motivos fueron diversos y no es este ni el momento ni el lugar para la crítica ni para el lamento. Por fortuna, la iniciativa de Víctor Aparicio de convocar unas Jornadas en Oviedo, en 1995, esta vez ya con el formato de Jornadas Nacionales de Historia de la Psiquiatría<sup>3</sup>, resucitó el talante de la Sección de Historia de la AEN, lográndose una continuidad en ediciones sucesivas: la celebrada en Valencia en 1997, coordinada por Antonio Rey<sup>4</sup>, la de La Coruña de 1999, cuyos resultados comentaremos a continuación, y, últimamente, la de Valladolid del 2001, organizada por José María Álvarez y Ramón Esteban.

El libro objeto de nuestro comentario es el resultado de las III Jornadas Nacionales de Historia de la Psiquiatría, celebradas en La Coruña. Se trata de una obra colectiva que recoge las ponencias y comunicaciones que allí se presentaron y que están agrupadas en dos grandes bloques: uno dedicado a «Los últimos 75 años de la Historia general de la psiquiatría» y otro a la «Historia de la psiquiatría gallega». Completan el índice el texto de la conferencia inaugural, a cargo del siempre solvente y erudito José Luis Peset, sobre «Genio y desorden en algunas páginas de Ramón de Valle Inclán», una intervención de Josep Solé Sagarra sobre «Impresiones y recuerdos personales de neuropsiquiatras que he conocido», que tiene en sí misma un importante valor de fuente oral, y una conferencia de clausura en la que Demetrio Barcia glosa la vida y la obra de su bisabuelo Juan Barcia Caballero.

---

<sup>1</sup> HUERTAS, R., ROMERO, I. y ALVAREZ, R. (coords.) (1987), *Perspectivas Psiquiátricas*, Madrid, CSIC.

<sup>2</sup> Número monográfico publicado en *Asclepio*, 42 (2), 1990.

<sup>3</sup> APARICIO, V. (comp.) (1997), *Orígenes y fundamentos de la Psiquiatría en España*, Madrid, ELA edit.

<sup>4</sup> VV.AA. (1997), *La locura y sus instituciones*, Valencia, Diputación de Valencia.

Pero volvamos a los bloques temáticos. Su diseño deja clara la intención de los organizadores: por un lado, la celebración del setenta y cinco aniversario de la fundación de la Asociación Española de Neuropsiquiatría (1924); por otro, el análisis de saberes y prácticas psiquiátricas en Galicia.

El primer bloque está dedicado, pues, a estudios que tienen que ver con la historia de conceptos y saberes psiquiátricos aparecidos o desarrollados en los últimos setenta y cinco años. Así, son analizados conceptos diagnósticos, algunos muy finos, como el «trastorno esquizofreniforme de Langfeldt», que da pie a Víctor Aparicio para reflexionar sobre la evolución histórica de la esquizofrenia. Tema que es retomado por los psiquiatras valencianos Javier Plumed y Fernando Dualde, utilizando como fuente las publicaciones psiquiátricas españolas del siglo XX. Con parecida metodología, utilizando repertorios —de elaboración propia— de revistas médicas españolas, Enrique Jordá y Antonio Rey analizan la introducción de la terapéutica psiquiátrica en la España del siglo XX.

Los principios doctrinales de la Escuela de Cambridge están representados por el trabajo de Águeda Rojo y Filiberto Fuentenebro sobre «Disociación y discordancia», y por la aportación que, a propósito de dos casos clínicos, ofrecen Rogelio Luque y Fernando Sarramea: «Alucinaciones musicales: aspectos históricos y clínicos».

Otras tres comunicaciones están dedicadas a aspectos generales de la psiquiatría española de los siglos XIX y XX: el problema de las clasificaciones en psiquiatría es abordado por Jorge Navarro; el breve trabajo de Francisco Carles, Isabel Muñoz y Carmen Llor sobre el psicoanálisis en España, no es sino una pequeña muestra, que sabe a poco, de la magnífica monografía, *Psicoanálisis en España (1893-1968)*, que estos mismos autores publicaron en el 2000 (véase la reseña de esta obra en el anterior número de *Frenia*). Finalmente, Antonio Diéguez reflexiona sobre los fundamentos científicos de la primera psiquiatría española a propósito de la obra de Juan Giné, probablemente el frenópata español más importantes del siglo XIX y del que Diéguez es en el momento actual, y sin ninguna duda, el más destacado especialista.

He dejado para el final del comentario de esta primera parte del libro que nos ocupa, dos aportaciones que suponen abordajes novedosos o, por lo menos, no muy habituales en el panorama histórico-psiquiátrico español. Me refiero, por un lado a la propuesta metodológica de Lorenzo Livianos de recuperación de la información clínica, que implica la realización de una «psiquiatría transhistórica», basada en diagnósticos retrospectivos. El planteamiento puede ser discutible desde otros enfoques historiográficos pero, en cualquier caso, supone un interesante acercamiento a lo que se ha dado en llamar historia de la psiquiatría «para clínicos». Por otro lado, la aportación de Eduardo Balbo sobre evolucionismo darwinista y psiquiatría, nos introduce en un campo, sobre el que en los últimos años se ha escrito mucho y que relaciona evolución cerebral con psicopatología.

El segundo bloque del libro está dedicado, como ya he adelantado, a la historia de la psiquiatría gallega. Tras el interesante análisis, en clave de «desencuentros», de la psiquiatría académica gallega realizado por Antonio Rodríguez López, se abordan diversos aspectos de la asistencia psiquiátrica en Galicia: Emilio González considera la «sala de dementes» y el «departamento de locas» del Gran Hospital de Santiago espacios «virtuales», oscuros y ambiguos. M<sup>a</sup> Jesús García y Víctor Pedreira aportan dos comunicaciones sobre la sala de psiquiatría del Hospital Provincial de Pontevedra y David Simón Lorda, en una aportación de gran calidad,

amplia y documentada, que tiene el mérito añadido del trabajo de archivo, estudia la asistencia psiquiátrica en la Galicia de la segunda República.

Otros tres artículos completan este parte del libro, uno de Tiburcio Angosto sobre el concepto de histeria en algunos médicos gallegos, otro de Juan José Fernández Teijeiro sobre «Novoa Santos: Psicopatología y Metapsíquica» y un tercero de Olga Villasante sobre el «estupor melancólico» en la obra de Juan Barcia, en el que esta psiquiatra vasco-gallega afincada en Madrid realiza un brillante análisis de dicho concepto dentro de los presupuestos orgánicos de uno de los padres de la psiquiatría gallega.

Una última reflexión. Es habitual que en las Jornadas y Congresos de este tipo se reserve un espacio a la historia «local» del sitio físico en el que se celebra el evento. A veces no es más que una concesión a la organización, una forma de ser «políticamente correcto» con los grupos o las personas que hacen ese esfuerzo organizativo. Categóricamente, este no es el caso. Las comunicaciones «gallegas» contenidas en este libro no solo son de gran interés historiográfico, sino que nos permiten dos reflexiones finales. En primer lugar, que los estudios «locales» son imprescindibles para comprender la historia de la psiquiatría española de una manera global. Con demasiada frecuencia se repiten tópicos historiográficos, como el de centrar la actividad psiquiátrica española en dos núcleos únicos —el madrileño y el catalán— olvidándose de importantes «periferias» en las que, con sus propias peculiaridades, se desarrollaron elaboraciones psiquiátricas y prácticas asistenciales de gran importancia e interés.

En segundo lugar, el libro que comentamos nos permite comprobar y reconocer, una vez más, la existencia de un sólido y militante grupo de psiquiatras gallegos con personalidad propia en la producción histórico-psiquiátrica nacional. La obra de David Simón, de Tiburcio Angosto o de Emilio González constituyen, sin duda, importantes referencias en dicho campo. Estos *Setenta y cinco años de historia de la psiquiatría* son un buen ejemplo de su capacidad científica y organizativa.

**Rafael HUERTAS**

CAMPOS MARÍN, R., MARTÍNEZ PÉREZ, J., HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (2001), *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de La Restauración (1876-1923)*. Madrid, CSIC, Estudios sobre la ciencia, 286 pp.

La selecta colección *Estudios sobre la ciencia*, editada por el CSIC, contaba ya entre sus títulos con obras de Rafael Huertas (*Orfila, saber y poder médico*, 1988) y de Ricardo Campos (*Alcoholismo, medicina y sociedad en España*, 1997), como «botones de muestra» de la amplia producción científica existente en el haber de estos historiadores. Ahora repiten firma para ofrecernos el producto de un conjunto de nuevas investigaciones, llevadas a cabo en esta ocasión junto a José Martínez Pérez.

La larga trayectoria académica y sobre todo investigadora de los autores, repleta de publicaciones originales y su presencia y papel jugado en los foros donde se viene desarrollando

la Historia de la Psiquiatría de manera disciplinar, nos ahorran presentaciones. Sin ir más lejos el alumbramiento de la publicación periódica que sirve de vehículo a esta reseña (*Frenia*), es uno de los últimos frutos de su trabajo compartido.

Si un libro debe, además de ser bueno, parecerlo, el que aquí comentamos cumple airoosamente los dos objetivos. Aunque el diseño de la colección, que ya cuenta con veintiséis títulos, admite mejoras, el resultado viene siendo una edición seria y sólida, sin el más mínimo atisbo de frivolidad en la presentación. Pero el acierto indiscutible entre los aspectos evaluables a primera vista, antes de leer el libro —ratificado después de su lectura— es el atinado e impactante título elegido para metaforizar la suerte que la sociedad española de La Restauración —con la inestimable ayuda de la medicina mental y del movimiento higienista— reservaba a determinados individuos por las razones que se van revelando a lo largo de la obra.

*Los ilegales de la naturaleza*, toda una sentencia, tomada de un texto escrito por el alienista J. M<sup>a</sup> Escuder en 1895, *Locos y anómalos*, que condensa y ejemplifica de manera clara la utilidad obtenida de la identificación entre ley natural y ley social, para justificar desigualdades sociales, políticas y económicas, al subrayar que éstas derivaban de diferencias constitucionales vehiculadas por la herencia.

La monografía aborda la manera en que la teoría de la degeneración se introdujo, reelaboró, difundió y aplicó por la medicina española durante la etapa antedicha. Con la formulación en 1857 de la teoría de la degeneración en la especie humana, en España al igual que en el resto de Europa, conceptos como herencia, determinismo, somaticismo, leyes naturales, etc., se erigen en fronteras biológicas que delimitan lo natural y lo antinatural, lo normal y lo patológico, la cordura y la locura. Toda una corriente biologicista de pensamiento médico sobre la enfermedad mental, que traducía las angustias de la sociedad finisecular hacia los individuos o grupos humanos que representaban una alteración del orden social y los valores burgueses imperantes.

A través de los cinco grandes capítulos que componen el libro, se ponen de manifiesto las dos vías principales por las que se produjo el proceso de aceptación y difusión del degeneracionismo por la medicina española: el alienismo y la higiene social. En el primero de esos bloques se señala el desinterés que los alienistas españoles —al contrario de lo que ocurría en Francia— mostraron durante las últimas décadas del siglo XIX por la incorporación a la clínica de unas teorías que sin duda conocían bien. Entre otras razones, la teoría de la degeneración comportaba un pesimismo antropológico y —como es obvio— terapéutico que casaba mal con el mensaje terapéutico restitutivo que convenía transmitir desde instituciones de carácter privado en su mayoría, dirigidas por las figuras más relevantes del alienismo español del momento. Los testimonios indican que desde comienzos del siglo XX la situación cambia y los psiquiatras ya aceptaron el degeneracionismo de manera más global, aplicándolo también en sus presupuestos teórico-clínicos. Se muestran abundantes ejemplos que llegan hasta los escritos de Lafora e incluso algún curioso e inquietante epígrafe en la obra de Antonio Vallejo Nágera.

Que los alienistas decimonónicos españoles conocían suficientemente las teorías degeneracionistas desde al menos un par de décadas antes del cambio de siglo, es algo que queda patente tras la lectura del segundo capítulo del libro. En efecto, el discurso médico sobre el crimen que venía recogiendo elementos argumentales de las diferentes teorías desarrolladas a lo largo del siglo XIX, incorpora pronto la de la degeneración hereditaria. Teorías como la

frenología de Gall o construcciones nosológicas como la monomanía o la locura epiléptica dieron un importante servicio a los intereses de legitimación profesional de los primeros psiquiatras. De la misma manera y llegado su momento, la teoría de la degeneración también serviría como coartada científica ante los tribunales de justicia para que los alienistas españoles pudieran presentarse ante la sociedad como los auténticos expertos en la valoración legal y moral de la conducta humana. Este es un tema crucial para entender los primeros pasos de la psiquiatría española y que viene ocupando un lugar importante entre las diferentes líneas de investigación del grupo de historiadores de la psiquiatría del CSIC. La muestra más reciente de la vigencia de esa línea de trabajo han sido las Jornadas de la Sección de Historia de la Psiquiatría de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, celebradas el pasado otoño en Valladolid, bajo el título *Crimen y Locura* y donde algunos miembros de este grupo han presentado en diferentes ponencias las últimas investigaciones al respecto.

En el tercer capítulo se aborda el problema de la infancia en una sociedad que aún no dispone de estrategias o de recursos diseñados para combatir u ocultar las consecuencias que acarrea para esta etapa de la vida el modelo de convivencia que se venía imponiendo. Higiene y moralización serán los pilares básicos de las propuestas que hará la medicina positivista en su contribución a los intentos sociales y legislativos de protección a la infancia y de prevención de la delincuencia infantil.

Algunos de los psiquiatras más representativos de la que acabará siendo la etapa de mayor esplendor de la psiquiatría española buscan respuestas a esta problemática con obras que suponen en España los primeros esbozos de una cierta paidopsiquiatría. El *Estudio médico-social del niño golfo* de Sanchís Banús o la monografía sobre *Los niños mentalmente anormales* de Lafora, son analizados en esta obra, como importantes ejemplos de las interpretaciones que sirvieron de puente entre «los niños degenerados» y las psicosis infantiles.

Las importantes implicaciones higiénico-sociales de la obra de B.A. Morel, demuestran que los evidentes vínculos genealógicos entre la psiquiatría y la higiene se reeditan periódicamente. En el cuarto bloque del libro se estudia cómo esa relación interdisciplinar es omitida o subrayada según diferentes intereses, en cada momento histórico. Así, en el alienismo español, sólo a partir de comienzos de siglo se produjo un cambio de actitud hacia la higiene social, que culminaría en los años veinte con la creación de la Liga de Higiene Mental y la conversión de la enfermedad mental en un problema higiénico-social. No obstante, como afirman los autores, fueron los médicos sociales y los higienistas los que, por motivos profesionales y prácticos, se interesaron en mayor medida por los aspectos sociales y colectivos de la degeneración, jugando así un papel relevante en su introducción en España.

Las últimas páginas del texto son dedicadas al estudio de las referidas metáforas socio-políticas de la degeneración. El discurso de la decadencia de las civilizaciones surgido en circunstancias, épocas y lugares diferentes, reaparece con fuerza en la España finisecular pero asociado ahora con el proceso biológico de la degeneración de la raza. La comparación cuerpo/sociedad fue una cuestión central de la higiene social decimonónica y la lectura organicista de los males de la sociedad encontró en el tema de la degeneración un terreno fructífero sobre el que desarrollarse, especialmente a partir de 1898.

La idea de que la locura y el vicio estaban en el corazón mismo de las luchas sociales perduró durante años y fue un recurso habitual de los psiquiatras, de los higienistas y otros

expertos en los comportamientos sociales para descalificar cualquier manifestación de inconformismo que pudiera poner en entredicho el orden social. La degeneración biológica situará en un mismo nivel conceptos como el alcoholismo, la locura, el socialismo y la revolución, constituyendo todos ellos síntomas de la patología y la degeneración social. Y los sujetos afectados serán *ilegales de la naturaleza*.

**Antonio DIÉGUEZ**

FOUCAULT, M. (2001), *Los anormales*, Madrid, Akal, 343 pp.

La publicación de los cursos que Michel Foucault impartió en el College de France entre 1971 y 1984 constituyen, sin ninguna duda, un esfuerzo editorial que permite poner a disposición del estudioso una parte importante de la obra foucaultiana, hasta ahora inédita, que viene a completar y complementar sus muy conocidos textos escritos. Dichos cursos están siendo publicados, bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana, por Seuil/Gallimard. *Les anormaux* apareció en francés en 1999 (véase la reseña que en su momento hizo Mauricio Jalón, «La ciencia y los anormales», *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 19, 720-725) y recientemente, en castellano, en Akal universitaria.

Desde el punto de vista formal, los editores de *Los anormales*, Valerio Marchetti y Antonella Salomoni, han realizado un trabajo digno de todo elogio, al transcribir las palabras grabadas de Foucault, al anotar minuciosamente el texto resultante, indicando las fuentes utilizadas por el autor —casi toda la psiquiatría decimonónica— y elaborando un interesantísimo epílogo que sitúa el curso en el contexto de la obra foucaultiana y da cuenta de los *dossiers* (recopilaciones de notas clasificadas por Foucault) y manuscritos (borradores inéditos), conservados por Daniel Defert, su albacea testamentario. Todo ello permite hacerse una idea bastante cabal del itinerario intelectual y bibliográfico seguido por Foucault en esta etapa de su vida profesional y, de manera particular, en el momento de impartir «Los anormales», durante el curso 1974-75.

En cuanto a los contenidos del curso —del libro que comentamos—, a lo largo de once lecciones, Foucault se adentra en el análisis de tres grupos de «anormales», cuya definición y límites fueron establecidos a finales del siglo XIX: el monstruo, el indisciplinado y el onanista; si bien, el segundo de ellos —el indisciplinado— desapareció casi por completo y, en cierto modo, quedó subsumido en la exposición del curso que dedicó todo su tiempo a las otras dos categorías: el monstruo y el onanista.

Como es sabido, la influencia de la *Naturophilosophie* sobre la obra de eminentes naturalistas románticos propició la aparición de importantes estudios embriológicos en busca de esa idea de unidad morfológica en biología que justificara la existencia de la «cadena del ser». En esta línea de pensamiento, la investigaciones de Étienne Geoffroy Saint-Hilaire sobre el desarrollo embrionario anormal representaron el comienzo de lo que más tarde sería llamado «teratología experimental». La manipulación de embriones y la subsiguiente creación de «monstruos»,

lejos de considerarse una práctica «antinatural», vino a confirmar la tan buscada «unidad del plan» en la naturaleza y contribuyó, en buena medida, al ansia de dominio de la naturaleza presente ya en la ciencia ilustrada.

Un dominio de la naturaleza que pasaba por asumir que el «desorden», la «desviación», la «anormalidad»,... formaban parte de un mundo natural que era preciso conocer y controlar. Ahora bien, en contraposición a esta teratología biológica que propone la reunificación de los seres vivos, se va edificando también una Teratología humana investida por la sociedad burguesa de la función opuesta, esto es, separar unos seres humanos de otros, porque la aparición de los «monstruos» hechos hombres impone su aislamiento y clasificación. Surge así una nosología de la transgresión en la que se incluirán locos, criminales, activistas políticos, perversos, etc. En suma, racismo antropológico, somaticismo médico, persecución del anormal o del extraño, etc., son algunas de las aportaciones que el positivismo científico presenta. Los preludios de las crisis económicas y del neocolonialismo ponen en marcha mecanismos ideológicos que preparan el terreno.

Pues bien, el punto de partida de Michel Foucault es similar, junto al monstruo biológico, surgirá el monstruo moral y el monstruo jurídico, el «individuo peligroso» en suma, contra el que se ponen en marcha una serie de estrategias de defensa social, en el que no solo intervendrá el aparato político del Estado —los jueces, la policía, etc.—, sino también la medicina, convertida, una vez más, en ciencia normativa, de modo que los médicos, a través de la higiene, medicina legal, psiquiatría, ..., colaborarán gustosos en la gobernabilidad de los Estados. Analizando diversos «estudios de caso», casos criminales fundamentalmente, Foucault va explicando cómo, a su juicio, la psiquiatría se va convirtiendo en una «tecnología de la anormalidad», cómo el viejo alienismo, tradicionalmente preocupado por las manías, los cuadros delirantes o las demencias, va incorporando a su jurisdicción científica comportamientos que, al salirse de la norma social hegemónica, son patologizados y psiquiatrizados en aras de la defensa social. En definitiva, del gran monstruo criminal a los pequeños delincuentes anormales.

La segunda parte del curso está dedicada al «problema» de las masturbación y a la figura del onanista. Aquí, los espacios de control social «duros» —la cárcel, el manicomio—, son sustituidos por otros más «blandos» —la familia, la escuela—, estableciéndose un paralelismo entre el aparato psíquico-judicial, que puede seguir funcionando si es necesario, y el aparato psíquico-familiar, pero sin olvidar el papel de la religión (del confesionario) en la gestión de la sexualidad.

En cualquier caso, el monstruo y el masturbador tienen muchos puntos en común. En el onanismo, al igual que en otras «aberraciones» sexuales, se llega a identificar una falta de correlación entre órgano y función: la mano, la boca o el ano reemplazan a la vagina, la lengua sirve de pene, etc. Es decir, determinados órganos de la economía cumplen funciones que no le son propias, la relación estructura-función se rompe en unos seres que, transgrediendo las leyes naturales, se alejan del arquetipo humano. Existen multitud de descripciones en la literatura de la segunda mitad del siglo XIX que nos permiten deducir la existencia de una estigmatología sexual, que se relaciona directamente con los estigmas físicos y que entroncan directamente con la teoría de la degeneración. Foucault termina haciendo alusión, precisamente, al degeneracionismo, doctrina clave en la comprensión de la medicina y de la sociedad finisecular, a través de la cual acaba explicándose la anormalidad, pero también las actitudes

sociales hacia el diferente, hacia el extraño, hacia el peligroso. Racismo antropológico, como antes he apuntado, que adquiere las formas más diversas.

*Los anormales* carece del orden expositivo de las obras escritas de su autor. Al tratarse de clases expuestas oralmente ante un auditorio, existen a veces elipsis, saltos temporales, temas que se abandonan y retoman, etc., pero tiene, en contrapartida, la frescura de poder imaginarse a Foucault en el anfiteatro del Collège de France, en mangas de camisa, con su mesa llena de grabadoras, pudiendo a duras penas encontrar un espacio para poner sus papeles y hablando a un abarrotado auditorio que se limita a escuchar, sin intervenir ni discutir lo expuesto. A los más de veinticinco años de aquel momento, la publicación de *Los anormales* puede servir, entre otras cosas, para lo que no consiguió Foucault con sus alumnos: discutir sus propuestas, tal vez releer la *Historia de la locura en la época clásica*, *Vigilar y Castigar*, la *Historia de la sexualidad* y, lejos ya de las pasiones foucaultianas y antifoucaultianas de hace años, intentar valorar, en su justa medida, sin sobrevaloraciones ni desprecios, las aportaciones de este intelectual. Foucault sigue estando de actualidad.

Rafael HUERTAS

MEIER, C.A. (1989), *Healing Dream and Ritual. Ancient Incubation and Modern Psychotherapy*, Einsiedeln, Daimon Verlag, 160 pp.

Este libro es la versión inglesa de *Der Traum als Medizin* (Daimon Verlag, Einsiedeln, 1985) que a su vez tuvo su origen en una temprana obra de Meier titulada *Antike Inkubation und Moderne Psychotherapie* (Rascher, Zürich, 1949). Esta apareció en inglés, en el año 1967, bajo el título *Ancient Incubation and Modern Psychotherapy* (Northwestern University Press). La traducción al inglés de la presente obra pertenece al autor. C.A. Meier, psiquiatra y psicoterapeuta, ha ejercido su profesión en Suiza, desde 1936. Es co-fundador del Instituto C. G. Jung de Zürich y su presidente hasta 1957. Sucedió a Jung, como profesor honorario, en la cátedra de Psicología del Instituto Técnico Federal Suizo, y fue co-fundador, también, del Centro de Investigación y Clínica en Psicología Junguiana de Zürichberg (1964).

Meier refiere su interés por la incubación y la capacidad curativa atribuida al sueño en el mundo antiguo a partir de su trabajo con psicóticos. El material producido por estos pacientes parecía contener símbolos y motivos similares a los que aparecían en la literatura antigua. Incluso el contenido de estos materiales le hizo evidente que aún en la psicosis, a la que la medicina se aproxima habitualmente con un espíritu de derrota, funcionaba un factor inadecuadamente llamado todavía hoy, a su juicio «la tendencia autocurativa de la psique». Este tema aparece también en la historia de las religiones y en los estudios de psicología folk. Es en la psicología analítica de Jung donde Meier encontró un método para observar el funcionamiento de esos espontáneos procesos de cura. De hecho, ejemplifica sus afirmaciones con sueños de sus propios pacientes, estableciendo paralelismos, quizá de una manera metodológicamente discutible, entre el contenido de éstos y el de los ritos antiguos. En este libro, de una



extraordinaria densidad, el autor dedica el primer capítulo al problema de la enfermedad divina, esto es, de la identidad fundamental entre enfermedad y cura. En los restantes capítulos estudia el templo de Epidauro, las figuras de Asclepio, Serapis y Trofonio —en cuyos templos y oráculo (en el caso de este último) se llevaba a cabo el ritual de la incubación— el Tholos o altar de los sacrificios de estos templos y, por último, ofrece sus reflexiones sobre lo que denomina el misterio de la cura. En el epílogo agrega una panorámica sobre el sueño en Grecia. El libro se cierra con una epícrisis, donde Meier sintetiza, vía las propuestas de Jung, la conexión entre entre el tratamiento dado a los sueños y la psicoterapia derivada de la psicología analítica. En esta reseña sólo podremos dar noticia de algunas de las cuestiones abordadas en este libro.

La cuestión de la existencia o no de actividades prototípicas de la moderna psicoterapia no parece haber sido abordada aún. Sí está claro que todo lo que tenía que ver con *psyche* en la antigüedad estaba embebido de religión. El rastro más definido está en Galeno, quién recrea el estilo terapéutico de su «dios paternal Asclepio». *Therapeutes* era el nombre originalmente dado a aquellos que atendían el culto y que servían al dios ejecutando los rituales prescriptos. Desde este punto de vista, sostiene Meier, psicoterapeutas podrían ser las personas involucradas en el culto de la psique. En caso de enfermedad, sin embargo, los individuos no se dirigían a la medicina o a un médico, sino exclusivamente a un dios o salvador llamado Asclepio, no a un médico humano, sino a uno divino. La razón de esta actitud estribaba en que el hombre clásico veía la enfermedad como el efecto de una acción divina, que sólo podía ser curada por un dios u otra acción divina indeterminada. Aquí nuestro autor asimila este tipo de cura al conocido principio homeopático *similia similibus curantur*. Cuando la enfermedad es investida con tal dignidad, posee la inestimable ventaja de que también puede serlo con el poder de curar. La *divina afflictio* contiene, entonces, su propio diagnóstico, terapéutica y pronóstico, siempre y cuando sea asumida la actitud adecuada ante ella. Esta recta actitud era posibilitada por el culto, que consistía simplemente en dejar la cura en manos del sanador divino, pues él era, simultáneamente, la enfermedad y la cura. Esto encontraba fundamento en el hecho de que el mismo dios estaba afectado, por así decirlo (herido o perseguido como Asclepio o Trofonio). Una sentencia del oráculo de Apolo lo recordaba explícitamente: «Aquél que hiere también cura» (*ho trosas iasetai*). Ni qué decir tiene la abismal diferencia con la concepción actual de la enfermedad, que debe ser explicada, reducida y eliminada, no aceptada, asumida y superada como parece ser el caso en la Antigüedad.

El desarrollo posterior de la medicina científica con Hipócrates y Galeno, que separa la enfermedad del médico mismo, tuvo lugar, no obstante, de manera paralela al de una medicina teúrgica. Extrañamente, la escuela hipocrática de Cos no se abstuvo de levantar un templo a Asclepio, después de la muerte de su fundador. Galeno parece haber estado mejor dispuesto hacia Asclepio que Hipócrates; además un sueño de su padre, paradójicamente, parece haber influido en su vocación de médico. Es sabido que no desdeñó el uso de sueños como método diagnóstico.

Los templos dedicados a Asclepio (*Asclepieia*) estaban situados en lugares remotos y a ellos acudían enfermos de zonas tanto próximas como alejadas, especialmente cuando las curaciones previas habían fracasado. Abluciones y ritos de purificación eran requeridos como condición previa a la incubación. En estos prolegómenos se incluía un baño de limpieza, de

manera tal de liberar al alma de la contaminación corporal, y dejarla en condiciones para la comunión con el dios. Luego la persona podía ya dormir en el *abaton* o *adyton*, (que significa «el santuario más secreto») donde había estatuas también del dios del dormir, Hypnos, y del dios del sueño, Oneiros. En Epidaurio, el mismo Asclepio es representado durmiendo, esto es incubando. Una vez allí, el paciente dormía en un *kline* (diván) frecuentemente ubicado cerca de una estatua del dios. Dos mil años después el diván reapareció, como se sabe, en el *setting* de la consulta psicoanalítica. *Abaton* o *adyton* significa también «lugar al que no se puede entrar si no se es invitado»; esta invitación o llamado era enviado por el dios en persona. Lo mismo ocurría en el santuario de Isis en Thitorea (Grecia). Probablemente ser invitado por el dios fue el significado original de la incubación y al mismo tiempo, la primera alusión al carácter místico del culto de Asclepio.

El punto esencial, no obstante, era que el enfermo tuviera el sueño apropiado mientras dormía en el *abaton*. Precisamente, *incubare* ha sido traducido como «dormir en el recinto sagrado»; y si el mismo Asclepio aparecía en el sueño, la cura estaba prácticamente asegurada. El dios podía aparecer *onar*, «en un sueño», o alternativamente *hypar*, «estando despierto» (en una visión, o estado hipnagógico), y podía aparecer en una forma que recordaba a sus estatuas: un hombre barbado o un muchacho, o de manera más frecuente, en sus formas teriomórficas, como serpiente o perro. Generalmente iba acompañado por sus mujeres e hijos. El mismo, su perro o su serpiente tocaban al incubante en la parte afectada, haciendo desaparecer la enfermedad. Un hecho importante debe ser señalado: los intérpretes de sueños no practicaban en los templos y tampoco lo hacían los sacerdotes. Tampoco se practicaba la medicina en los sagrados recintos. Los numerosos sacerdotes eran, con toda probabilidad, *therapeutae*, en el sentido galénico del término. Salta a la vista la diferencia abismal con el método de la interpretación de los sueños inaugurado por Freud. La totalidad del alma, por cierto, no puede ser contenida en el inconsciente.

Una vez finalizada la incubación, los que resultaban curados tenían la obligación de registrar sus sueños, por imposición divina, y grabarlos en tablillas. Aunque la ofrenda preferida de Asclepio era el sacrificio de un gallo, como quedó reflejado en las últimas palabras de Sócrates.

No pudiendo entrar aquí en el complejo ritual de consulta al oráculo de Trofonio, sólo diremos que el dios moraba en una caverna a la que el consultante, luego de ser purificado, descendía (*catábasis*) vestido como un recién nacido, y en cuyo fondo había un agujero en el que debía introducir el cuerpo, con los pies hacia delante (invirtiendo la posición en el nacimiento e identificando así la muerte-sueño con un renacimiento) hasta la altura de las rodillas. Una vez oído o visto lo que el dios le comunicaba, el ascenso (*anábasis*) se hacía en la misma posición, por la creencia en los poderes curativos de quienes así nacían. La experiencia era relatada a los sacerdotes, quienes realizaban un cuidadoso registro de la misma.

En el anteúltimo capítulo, Meier propone una interpretación mística de la incubación, señalando las notas de nocturnidad, renacimiento y llamado divino que lo caracterizaban. El incubante, además, se convertía en un *religiosus*, un *cultor deae*, lo que correspondía con el término griego *therapeutes*. Los misterios presuponían espectadores y acción; en este caso el incubante era el espectador, el sueño la acción y la cura el misterio mismo. Estos misterios eran íntimamente personales (como la cura psicoanalítica) pues el incubante no testimoniaba, meramente, lo que el dios experimentaba, sino que también lo experimentaba en sí mismo, devi-

niendo así un dios. En cualquier caso estaba solo con el dios, *monos pros monon*, y podía conversar con el en una situación dialéctica que le conducía a su conocimiento.

En el último capítulo, nuestro autor ofrece una interesante recopilación de las diversas teorías sobre los sueños, imperantes en la antigua Grecia, sostenidas por poetas, filósofos y médicos y que va desde Homero hasta Artemidoro, pasando por Platón, Aristóteles, Hipócrates y Galeno, entre otros. En la epicrisis, Meier arriesga una sugestiva exposición —íntimamente conectada con el estudio histórico precedente— de dos postulados junguianos: la existencia de una función espiritual autónoma de la psique humana y la necesidad de desarrollar esta función en el proceso de cura de cualquier paciente que se encuentre en la segunda mitad de la vida. Postulados difícilmente digeribles por los representantes del psicoanálisis ortodoxo, como se sabe. No obstante, esta obra amplifica sin duda, desde su perspectiva histórico-comparativa, nuestro conocimiento del alma humana. Empresa que, lo sabemos por Heráclito, no tiene fin, tan inconmensurables son sus profundidades.

**Gustavo Pis Diez**

PERDIGUERO, E. y COMELLES, J. M. (eds.), *Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000, 446 pp.

Otro gallo le cantaría a la psiquiatría y sobre todo a su objeto/sujeto de trabajo si, en estos tiempos de fundamentalismos, supiera reconocer y combatir el que en ella se ha gestado, en forma de cientifismo autosuficiente. Tendría que resultar obvio decir que la Historia, la Sociología o la Antropología disponen de herramientas que permitirían —y permiten a quien las quiere utilizar— pensar de otra forma los problemas de salud mental; o simplemente pensarlos.

Al parecer son demasiadas las inercias que impiden salir del reduccionismo académico de cualquier estirpe, y «viajar» mediante el estudio y la reflexión a otros campos que abran nuevas preguntas, dudas y visiones. No me refiero al regusto más o menos estéril por la conjetura; hablo de la psiquiatría como verdadera producción intelectual, atravesada, fertilizada por esas otras disciplinas. También, de un oficio —el de clínico de la salud mental— que debería ejercerse de manera diferente a como lo haría un chimpancé, o...¿quizás no? Faltos estamos en todo caso, en la «arena» del trabajo diario con las personas que traen problemas enunciados como «de salud mental», de enfoques como el que Chrisman y Johnson proponen para la medicina en su *Clinically-applied Anthropology*, o Singer, desde planteamientos neomarxistas, en su *Critical Medical Anthropology*.

Perspectivas necesarias como las que en el texto que comentamos adoptan en sus aportaciones Xavier Alluè, Jesús Armando Haro o Joseba Atxotegui. Este último aborda, desde un enfoque psicopatológico y psicosocial, diversas problemáticas que un colectivo cada vez más amplio de inmigrantes pueden plantear en una consulta médica. Los «duelos» del inmigrante (el duelo por la separación de la familia y los amigos, por la lengua materna, por la cultura, por la pérdida del estatus social, por la pérdida del propio paisaje, por la pérdida de la seguri-

dad física, etc.) son agrupados por el autor en el concepto de «duelo migratorio», a través del cual es posible establecer una interrelación, en clave psicosocial, entre los aspectos médicos y los aspectos culturales que aparecen en las complejas realidades de la inmigración y la interculturalidad.

Gracias a una saludable y «respetuosa falta de respeto» por la fronteras disciplinarias, los autores de este libro presentan una serie de estudios entrelazados de antropología, filosofía, biología, psiquiatría, historia, sociología, etc. En manos de gente de probado fuste intelectual, como son los profesores Enrique Perdiguero y Josep María Comelles, el resultado es un cuidado volumen que ellos editan, introducen y en el que participan además con aportaciones originales y —junto a Antón Erkoreka— con una recopilación bibliográfica, muy de agradecer para la investigación antropológico-médica. En ella recogen más de mil trescientas referencias de los últimos cuarenta años de antropología de la medicina en España.

En la introducción se encuentran claves bastantes para entender el *alma* de esta obra, sus móviles epistemológicos y las vicisitudes institucionales de su gestación. Fácilmente se adivina el entusiasmo con que está escrita y fácil nos resulta también identificarnos con la denuncia —planteada por Comelles y Perdiguero— de la condición vicaria que en algunas tradiciones académicas y profesionales se da a un tema tan central como la cultura, a la que sólo se recurre cuando la «corriente principal» de conocimientos se muestra insuficiente, o cuando el nivel crítico de los propios estudiosos o profesionales permite el escape de los raíles prefijados por el compartimento estanco disciplinar.

Tras un primer capítulo, escrito por el antropólogo italiano Tullio Seppilli, en el que se plantea la cuestión que sirve para vertebrar los variados contenidos de la obra, —¿De qué hablamos cuando hablamos de factores culturales en salud y enfermedad?— el libro queda estructurado en dos partes: un primer bloque reúne estudios de historiadores de la medicina y de profesionales de la salud, que reflexionan sobre el papel de los susodichos factores culturales en su quehacer asistencial, docente o investigador. En un segundo bloque son los antropólogos los que aplican su punto de vista a la misma problemática.

E. Perdiguero trata —junto a Elena Robles y Josep Bernabeu— de arrojar luz sobre el interrogante que sirve como denominador común a toda la obra, pero haciéndolo desde la demografía y epidemiología históricas. Por su parte Comelles, psiquiatra y antropólogo con una obra que trasciende con creces lo que cabría esperar de la convergencia de ambas disciplinas, examina a partir de una experiencia personal, el funcionamiento de una unidad de quemados de un hospital altamente tecnificado. Los acercamientos de este autor a la historia de la psiquiatría han dado frutos, como *La razón y la sinrazón* (1988), que ya son auténticos clásicos de la disciplina en su orientación más renovada y crítica.

¡Qué fácil resulta entender el constructivismo —o sus diferentes acercamientos— aplicado a la historia de la enfermedad cuando a uno se lo explican bien! El investigador del CSIC Jon Arrizabalaga lo hace de manera impecable. A tal efecto seguimos utilizando uno de sus trabajos publicado hace algunos años en *Arbor* (CXLII, 1992). En la obra que comentamos y bajo el título «Cultura e historia de la enfermedad», se aplica de forma somera, pero no menos exitosa a explicarnos la cortedad de miras, cuando no la falsedad de un ontologismo nosológico, que inculcado desde las facultades de medicina con las enfermedades infecciosas como modelo, resulta muy frustrante trasladado —por ejemplo— a los «trastornos mentales».

Del máximo interés para los psiquiatras resulta el análisis crítico al que somete Angel M. Hernández, el sistema clasificatorio con pretensiones hegemónicas DSM-IV. El autor ha estudiado bien el *Manual diagnóstico y estadístico* y elucidado los entresijos de las propuestas nosográficas que expone y —mas importante aún— de las que esconde y que acarrearán consecuencias determinantes para el futuro de la psiquiatría. Ya se está dejando notar en el marcado sesgo médico-biológico que ha adquirido la práctica psiquiátrica en estos últimos años, pese al engañoso énfasis puesto por sus promotores en el carácter ateorico de este enfoque nosotáxico. De la misma forma, no se pueden homologar, en nombre de la ansiada fiabilidad, las múltiples y variadas expresiones de los problemas de salud mental de los miembros de las diferentes sociedades y culturas, tomando el modelo de una de ellas. Así, con la clínica convertida en un espejismo y la investigación en un callejón sin salida, este operacionalismo ramplón habría calado no obstante, y por el implacable efecto de la colonización científica y cultural, en ámbitos que —como el Europeo— no parecían inicialmente nada proclives a este empiricismo de baja estofa.

En fin, la mirada antropológica sobre la salud y la enfermedad también ha de superar por sí misma su institucionalización inicial, fuertemente marcada por el evolucionismo positivista. En cierto sentido, la historia de la constitución de la antropología de la medicina como disciplina científica es la de su tendencia a liberarse de una visión estrechamente eurocéntrica y de una función de apoyo a una estrategia operativa cuyo objetivo era promover la pura y simple adhesión de la población a los cánones de la biomedicina y sus instituciones. Con seguridad, esta obra y el esfuerzo que representa contribuirán a un porvenir más airoso.

**Antonio DIÉGUEZ**